

SILVIA GARCÍA RUIZ



*Una dama
salvaje*



A Olivia Lowell le encanta vestir a la moda, ponerse zapatos de tacón y hacerse la manicura francesa. Pero también adora cuidar de los animales y quiere ser veterinaria, como su padre. Mucha gente no comprende cómo una refinada dama puede, en ocasiones, convertirse en toda una salvaje y, sin llegar a conocerla, la juzgan precipitadamente desde que era niña.

Harta de las miradas prejuiciosas, Olivia se enfrenta a cada una de ellas, incluida la de un arrogante ranchero que intenta fastidiarle la despedida de soltera de su prima Tori.

Jacob Walter es un atareado vaquero que sólo ha salido de su rancho para acabar con el despilfarro que su cuñada está llevando a cabo en Las Vegas. Escarmentado de mujeres que únicamente buscan su dinero para gastárselo en sus caprichos, no duda en reprender con su intransigente mirada a una niña mimada que se cruza en su camino. Tiene claro que debe mantenerse lo más lejos posible de ella y de los problemas que podría representar, pero, para su desgracia, una borrachera, una apuesta y una boda apresurada le pondrán muy difícil cumplir con su propósito. Quizá, después de todo, la chica no sea como Jacob pensaba.

Índice de contenido

Cubierta

Una dama salvaje

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Epílogo

Sobre la autora

Capítulo 1

Que la gente juzga muy rápidamente a las personas por su aspecto es algo que aprendí desde pequeña. Con ocho años me gustaba ponerme esos vestidos de volantes y lazos azul cielo que mi madre decía que eran los más adecuados para las damitas como yo, me gustaba repasar un viejo y ajado libro de protocolo que la vieja tía abuela Mildred había dejado en mis manos, y también me gustaba jugar al té con mis muñecas. Pero a pesar de la impoluta y perfecta apariencia que mostraba con mi bonito vestido, mi cuidada melena negra y mis delicados zapatos, también me gustaba correr detrás de mi padre para ayudarlo con sus animales, y no me importaba mancharme de barro para atrapar a un perro o rasgarme el vestido por rescatar a un gato de un árbol.

Mi alocada familia me comprendía a la perfección, pero las personas que veían mi comportamiento desde fuera se quedaban asombradas cuando hacía algo que no cuadraba con la idea preconcebida que tenían de mí. ¿Por qué no podía gustarme llevar vestidos de volantes y trepar a los árboles? ¿Por qué no podía disfrutar de jugar a las muñecas y perseguir un balón? ¿Por qué no podía ser una perfecta damita, pero también una buena veterinaria, como lo era mi padre?

Ese día en el que había ido a casa de Amelie, una de mis amigas, no era distinto de los demás. Yo me encontraba jugando tranquilamente a las casitas en su jardín mien-

tras ambas tratábamos de ignorar a sus molestos hermanos: Blake, un fastidioso niño de cabellos rubios y cara de matón que era un año mayor que nosotras, y Cody, un chiquillo revoltoso de seis que seguía muy de cerca el ejemplo de su hermano, comportándose como un bárbaro.

A los dos les gustaba fastidiarnos continuamente pateando su balón hacia la mesita del té donde manteníamos nuestra reunión, y poco a poco estaban acabando con mi paciencia. Pero como yo era una perfecta dama, y mi libro de buenos modales decía que no había que perder nunca la compostura, intenté ignorarlos. Una actitud que funcionó bastante bien, hasta que esos desaprensivos hicieron que el balón cayera en un charco de barro próximo a Amelie y salpicara el blanco vestido que ella llevaba y que adoraba, tras lo que mi amiga reaccionó entrando en su casa llorando desconsoladamente.

Cuando los pérfidos niños contemplaron con una sonrisa de satisfacción cómo su hermana se alejaba al fin de la zona de juegos que ellos reclamaban para su partido, sus ataques con el estúpido balón se dirigieron hacia mí con la idea de intimidarme. Un terrible error por su parte, porque, a pesar de mi dulce apariencia, yo no me dejaba amedrentar.

El balón no tardó en volver a interrumpir mis juegos, en esta ocasión impactando sobre la mesa de té y ensuciándola de barro tanto a ella como a mí.

Blake y Cody se rieron a carcajadas al ver que el barro manchaba levemente mi cara. Yo me lo limpié con las manos sin darle la menor importancia y me levanté de mi sitio, haciendo que esos dos pensaran que saldría corriendo desconsolada hacia el interior de la casa, como había hecho su hermana. Pero, para su asombro, cogí el balón, lo dejé en el suelo y, alzando mi hermoso vestido para que no me molestara, le di un puntapié de los que me había enseñado mi tío Alan, un antiguo *quarterback* de fútbol americano, y envié el dichoso balón a las ramas más altas del árbol del jar-

dín. Luego, como si nada hubiera sucedido, volví a sentarme en mi sitio mientras me acomodaba el vestido para seguir jugando con mi muñeca.

Los niños continuaban boquiabiertos, sin dejar de dirigir sus sorprendidas miradas hacia el árbol y hacia mí, sin terminar de creerse que la perfecta damita que tenían ante sí hubiera sido capaz de dar esa patada. Y esta vez fueron ellos los que lloraron desconsoladamente cuando su madre, después de salir al jardín alertada por Amelie, anunció que no pensaba recuperar ese balón que ellos habían empeñado en el árbol.

—¡Pero, mamá, no hemos sido nosotros! —se quejó el mayor de los dos llorones, señalándome.

—¡Ha sido ella! —se chivó Cody mientras yo continuaba comportándome como toda una dama.

La madre de los niños me miró, observó mi recatado aspecto y mis perfectas maneras y luego dirigió una fulminante mirada a sus hijos mientras volvía a reprenderlos con severidad.

—¿Qué os tengo dicho sobre contar mentiras?

—Pero... pero... —comenzaron a quejarse ellos, momento que yo aproveché para sacarles la lengua cuando su madre no miraba.

—¡Mamá, nos está sacando la lengua! —protestó el odioso matón mientras me señalaba con descaro con uno de sus impertinentes dedos. Pero cuando su madre miró sólo vio frente a ella a una perfecta damita de impecables modales.

—¿No os ha dicho nadie que es de mala educación señalar a las personas de esa manera? —apunté con petulancia al recordar una de las normas de protocolo del libro de mi tía abuela, consiguiendo con mis acertadas palabras que su madre le diera un capón al molesto niño hasta que éste se dignó bajar su dedo.

—¡Estáis castigados! —sentenció su madre mientras los arrastraba hacia el interior de la casa cogidos por las orejas,

haciéndolos llorar más escandalosamente que Amelie, lo cual se tenían bien merecido.

—Nenazas... —susurré antes de dar un nuevo sorbo a mi taza de té mientras mi amiga corría hacia mí con un vestido limpio.

—¿Y mis hermanos?

—Han decidido que no quieren seguir jugando en el jardín —le anuncié solemnemente, sin dejar de fulminar con la mirada a las curiosas naricitas que nos observaban desde el interior de la casa reclamando una revancha. Pero eso no era algo para lo que una dama como yo no estuviera preparada...

* * *

Dan Lowell era el reputado veterinario de un pequeño pueblecito apenas localizable en el mapa, un lugar de entrañables casitas blancas de estilo colonial donde los negocios pasaban de padres a hijos y todo permanecía siempre prácticamente igual. Se podría catalogar como una localidad bastante aburrida, si no fuera por una peculiar pizarra en la que todos los miembros de su alocada familia acababan apareciendo y siendo objeto de apuestas de todo tipo en relación con su vida sentimental. Y, a pesar de sus protestas, su hija Olivia estaba retomando la tradición de los Lowell.

Olivia no era tan escandalosa como lo había sido su prima Helena. A ella le encantaban los bonitos vestidos y mantener los buenos modales que su madre, una recta abogada, le había inculcado. Pero aunque desde fuera tuviera la apariencia de una pequeña damita, dentro de ella bullía el carácter de los Lowell y eso la convertía en una chica bastante peligrosa cuando se cabreaba.

Su hermano y su cuñado se burlaban de Dan por haber tenido sólo una hija y, al ver la primorosa presencia de Olivia, creían erróneamente que, como padre de esa princesi-

ta, Dan estaría relegado solamente a jugar a las casitas y a las reuniones de té de por vida, pero lo que no sabían esos tontos que juzgaban sólo por las apariencias era que Olivia podía disfrutar siendo toda una dama de perfectos modales junto a su madre para luego jugar como toda una salvaje junto a él.

—¿A quién encontraremos hoy?, ¿a la damita o a la salvaje? —le preguntó su querida esposa, Victoria, mientras se dirigían hacia la casa de Delia Marshall para recoger a su pequeña.

—Simplemente, a Olivia Lowell —contestó Dan, luciendo una pícara sonrisa porque, aunque muchos no lo entendieran, Olivia era ambas cosas.

—Sería perfecta si no tuviera ese endemoniado carácter... —opinó Victoria, haciendo que su marido alzara una ceja burlón, recordándole de quién provenía precisamente ese «endemoniado carácter»—. Vale, yo puedo ser algo difícil de tratar en ocasiones, pero sus locuras salvajes sin duda vienen de tu rama de la familia.

—Sí, cariño, eso es algo que no puedo negar —repuso Dan dándole la razón—. Pero ¿a que eso lo hace todo más divertido? —añadió con una pícara sonrisa.

Y, antes de que su mujer volviera a abrir la boca, acalló sus protestas con un beso que la distrajera lo suficiente como para que no viera lo que estaba comenzando a pasar en el jardín de los Marshall.

—Estás tratando de distraerme, ¿verdad? —preguntó Victoria, apartándose de su manipulador marido para ver lo que estaba sucediendo en el lugar donde, según Olivia le había dicho, deberían estar jugando inocente y tranquilamente a las casitas.

»¡Olivia Lowell, baja ahora mismo de ahí! —reprendió con severidad a su hija cuando la vio sentada primorosamente en una de las ramas del viejo roble del jardín junto a su amiga Amelie—. ¡Y deja ahora mismo ese globo de agua! —añadió cada vez más enfadada después de ver que

su hija obedecía sus órdenes a su manera, ya que, efectivamente, dejó el globo que tenía entre las manos..., de tal modo que impactó de lleno en la cabeza de uno de los niños que la miraban airadamente desde el suelo sin posibilidad alguna de alcanzar a las niñas, pues, cada vez que intentaban escalar, las chiquillas les lanzaban los globos de agua que Olivia tenía en su cestita del té—. ¿Crees que ése es el comportamiento adecuado de una dama?! —increpó Victoria a su salvaje hija, ante lo que Dan sonrió porque, a pesar de que en ese aburrido libro de protocolo que Olivia solía llevar a todas partes especificaba con toda claridad cómo debía comportarse una dama, su hija había interpretado esos conceptos como le había dado la gana.

Tras arreglar su pulcro vestido como si estuviera sentada a la mesa y no en la rama de un árbol, Olivia comenzó su extensa explicación para justificar que su comportamiento no era inapropiado, una explicación totalmente coherente... para todo aquel que fuera un Lowell, claro estaba.

—No he descuidado mi apariencia y aún visto con total elegancia a pesar del pequeño inconveniente de haber tenido que cambiar el lugar de nuestra plácida velada, mamá —repuso con petulancia mientras señalaba la mesita del té que habían estado usando, empapada de agua, lo que imposibilitaba que Olivia y Amelie pudieran disfrutar de ningún tipo de juego—. No he usado un lenguaje soez a pesar de haber recibido alguna que otra muestra de él. Me he expresado con fluidez intentando que acabaran con sus hostigamientos hacia mí y hacia Amelie. He tratado de mostrarme considerada con ellos, pese a que ellos no lo han sido con nosotras, intentando que todos nos lleváramos bien. Y cuando las normas de protocolo no han servido de nada, simplemente me he remangado el vestido y he comenzado a defender con dignidad mi postura. Creo que, si repasas las normas de ese libro, verás que en ningún momento he dejado de ser una dama —finalizó Olivia, rebatiendo el regaño de su madre.

Dan se acercó con curiosidad a la mesa donde estaba ese olvidado y viejo libro, y, leyendo esas estúpidas normas de cortesía, no pudo sino estar de acuerdo con su hija: ella había cumplido con cada uno de esos preceptos para ser una dama al pie de la letra. Eso sí, lo había hecho a su manera.

—Tiene razón, Victoria —dijo Dan mientras le mostraba a su mujer las reglas de ese libro.

—¡Tú no la alientes! —lo reprendió Victoria mientras lo fulminaba con la mirada por no ayudarla en su regañina.

Y, sabiendo que si seguía por ese camino le esperaba una larga noche en un duro sofá, Dan decidió ayudar a Victoria a calmar la vena salvaje que todo Lowell sacaba cuando lo provocaban.

—Olivia: «Una dama también acepta la responsabilidad de sus actos» —leyó Dan del libro, haciendo que su hija recapacitara sobre si debía bajar o no del árbol para aceptar su castigo. Unas dudas que no tardaron en desaparecer cuando su padre se acercó al roble con su alegre sonrisa, y, abriendo cariñosamente los brazos hacia ella, exclamó en voz alta—: ¡Ven aquí, mi dama salvaje!

Sonriendo a su vez, Olivia saltó a los brazos de su padre, el único hombre que la conocía lo suficientemente bien como para saber cómo era en realidad.

—Te quiero, papá —dijo abrazándolo muy fuerte. Y, mientras Dan daba vueltas con ella en brazos, haciéndola reír y consiguiendo con su atrevido comportamiento que el ceño fruncido de su madre desapareciera, Olivia se prometió no enamorarse hasta encontrar a un hombre como su padre: uno que pudiera ver en ella tanto su elegante apariencia como su lado salvaje y que los quisiera a ambos por igual.

Dieciséis años después

Olivia Lowell adoraba a los animales. Pensaba que éstos eran mucho más sinceros que los humanos, y también mucho mejores juzgando a las personas. Ellos se acercaban sin prejuizar a la gente por su apariencia, no les importaba si llevabas un traje de marca o unos simples vaqueros: simplemente te olían y sentían tus intenciones, y, si eras apto, te daban la bienvenida a su mundo concediéndote una lealtad que duraba para siempre.

Las personas, por el contrario, primero te observaban, te juzgaban según sus prejuicios y se formaban una idea de cómo eras o cómo debías ser. Y luego, a pesar de que les demostraras lo equivocados que estaban, no daban su brazo a torcer fácilmente porque ellos siempre tenían la razón.

Sólo cuando los dejabas boquiabiertos en más de una ocasión era cuando comenzaban a admitir, recelosos, que tal vez se hubieran equivocado, pero personas como ésas..., ¿qué falta hacían en la vida de nadie?

A sus veinticuatro años, Olivia acababa de terminar veterinaria, una carrera en la que había sido infravalorada a cada instante porque sus compañeros pensaban que, como a ella le gustaban los zapatos caros y la ropa fina, no se ensuciaría sus elegantes manos para tratar a ningún animal. Tras echar un simple vistazo a su distinguida apariencia, todos la juzgaron precipitadamente, incluido algún que otro profesor, que le puso más difícil que a otros aprobar sus asignaturas.

Todos y cada uno de los zoquetes de esa institución creyeron que estaba perdiendo el tiempo en una aburrida carrera que le pagaban sus adinerados padres, pero nada más lejos de la realidad, ya que la madre de Olivia, a pesar de ser una rica heredera, también era una prestigiosa abogada especializada en la defensa de mujeres maltratadas, que invertía la mayor parte de su fortuna en ayudar a personas sin recursos, enseñándole a Olivia a cada instante el valor del dinero y todo el bien que se podía llegar a hacer con él.

Por su lado, su padre era un despreocupado veterinario de un pequeño y perdido pueblo al que no le importaba otra cosa que no fuera su familia y los animales que cuidaba, una pasión que Olivia igualó desde pequeña, por lo que acabó siguiéndolo desde su infancia allá adónde fuera, aprendiendo continuamente todo lo que podía de él y de su duro trabajo. Lo bueno y lo malo.

Los sabios consejos de su padre, así como las prácticas forzosas que había tenido que hacer cuando lo ayudaba en alguna que otra ocasión en los momentos en los que carecía de personal adecuado, habían llevado a Olivia a dejar boquiabiertos a algunos de sus compañeros cuando, para asombro de toda su clase, subía a un perro de más de treinta kilos a la mesa de examen sin romperse una uña o le aplicaba su tratamiento adecuado a una serpiente sin emitir un simple gritito, que, en cambio, sí había dejado escapar algún que otro robusto compañero.

Tras años de oír cuchicheos sobre ella, menospreciándola como profesional, unos rumores que sólo se basaban en su aspecto, por fin Olivia recibiría ese preciado título que se había ganado a pulso con su esfuerzo y su persistencia, saltando unos obstáculos que sentía que no habían tenido otros compañeros a los que sus profesores habían calificado como más aptos que ella. No obstante, y a pesar de todo, sería ella quien se subiría al pódium para pronunciar el discurso de despedida de su promoción, que siempre era encargado al mejor alumno de la misma.

Tan elegante como siempre, con un delicado traje blanco, su sedosa melena al viento, una manicura francesa impecable que se había hecho para la ocasión y unos tacones de aguja de diez centímetros para pisar a los que se interpusieran en su camino, Olivia caminó orgullosa con su título entre las manos hacia el lugar donde todos esperaban sus palabras.

Ante ella vio a los padres de sus compañeros, que la contemplaban con recelo mientras comenzaban a circular

los consabidos cuchicheos que la juzgaban por su apariencia, generando más rumores calumniosos que especulaban sobre como su dinero había comprado su lugar en ese pódium. Detrás de ella tenía a sus envidiosos compañeros y a los profesores que nunca habían valorado su trabajo.

Sus manos, en otras circunstancias, posiblemente habrían temblado y sus ojos habrían derramado alguna que otra lágrima por lo mucho que le dolía que nadie reconociera su esfuerzo, pero en esos instantes, con toda su escandalosa familia mirándola orgullosa, no lo hizo. Y, recordando lo desvergonzados que eran los Lowell, no dudó en comportarse como era habitual en ellos.

—Buenas tardes. Hoy estamos aquí reunidos para celebrar el fin de carrera de esta promoción de estudiantes de veterinaria, así como el comienzo de nuestras vidas dedicadas a los preciados animales que hemos cuidado con tanto tesón y estudiado con tanto ahínco y... ¡a la mierda! —terminó exclamando Olivia, arrojando despreocupadamente hacia atrás las tarjetas que contenían su elaborado discurso cuando oyó un nuevo y prejuicioso cuchicheo dirigido hacia ella—. Tras estos cuatro años, sólo hay una cosa que me gustaría decir sobre mi posición en este pódium en estos momentos. Unas palabras dedicadas a todas aquellas personas que pensaron que no conseguiría mi título o que sólo estaba aquí para perder el tiempo: ¡que os den! ¡Soy mejor que vosotros... y lo sabéis! —declaró mientras, para el asombro de los asistentes, mostraba la magnífica manicura de su dedo corazón. Luego simplemente echó a un lado su sedosa melena negra con presunción y observó con orgullo las diferentes reacciones de sus familiares.

Su madre negó reprobadoramente con la cabeza, como era habitual en ella cada vez que Olivia dejaba atrás sus buenos modales y sacaba a relucir el alocado genio de los Lowell; su padre la miró con orgullo mientras alzaba los dos pulgares, muy de acuerdo con ese discurso. Sus primos Nathan, Helena, Raymond y Tori, concedores de su esfuerzo

y de todo a lo que había tenido que sobreponerse, la aplaudieron y silbaron escandalosamente, mientras su abuelo era reprendido por su abuela, sin duda porque, al oír su discurso, querría sacar su amada escopeta de perdigones para aleccionar a todo aquel que hubiera molestado a su nieta a lo largo de todos esos años, dándoles un merecido escarmiento. Uno que ya no era necesario, porque ella misma se lo había dado demostrándoles a todos que Olivia Lowell no era una mujer que se dejara pisotear.

—¡Y como últimas palabras os informo de que me voy a Las Vegas para disfrutar de mi graduación y planificar la alocada despedida de soltera que mi prima Tori jamás organizaría! —Acto seguido, Olivia cumplió con la tradición de arrojar su birrete al aire. Y, bajando del pódium, cogió a su prima Tori del brazo para arrastrarla a una de sus locuras, algo que Olivia consideraba adecuado, ya que desde pequeñas era Tori la que siempre la arrastraba a ella hacia las suyas.

Tras esa última revelación, las reacciones de sus escandalosos familiares fueron muy dispares: mientras que las mujeres aplaudían, los hombres intentaban hacerla cambiar de opinión. Pero Olivia se limitó a seguir corriendo entre risas para dejar atrás todos esos prejuiciosos ojos que la juzgaban ahora y que, tal vez, seguirían juzgándola hasta que se acercaran a ella lo suficiente como para descubrir su verdadero valor.